

REALIDADES Y FICCIÓN EN LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Rafael Paz (2013)

La socialidad humana es constitutiva de su esencia, tanto como la conectividad y dependencia respecto del mundo material.

Desde tal premisa debemos partir, explorando las realidades que la interpelación del inconsciente freudiano permitió definir, interrogando hace ya más de un siglo a los saberes establecidos.

Tarea necesaria, tanto por la condición histórica de tales realidades como de los modos de concebirlas, e imprescindible para definir acuerdos y desacuerdos en una tradición riquísima y arborescente.

Y también útil, para evitar elaboraciones cavilatorias, en última instancia subordinadas a una polaridad realidad interna / realidad externa como entidades recíprocamente extrínsecas y que nos atrapa en esfuerzos de diferenciación que caen en lo formal y abstracto.

INTRODUCCIÓN

La singularidad humana es un dato empíricamente evidente: cada uno, en el recorte de su figura, moviéndose, haciendo, disfrutando, padeciendo, en fin, siendo, con lo cual es fácil que seamos llevados a pensarla en términos de isla que se conecta azarosamente con otras islas.

Es sobre ese fondo histórico de individuación nítida y exaltada que se dieron las condiciones necesarias para las creaciones freudianas.

Postular una interioridad psíquica compleja a primera vista refuerza esa perspectiva, pero de modo paradójico, pues toda profundización en su génesis y modo de desarrollo muestra a la individuación como diferenciación desde relaciones primordiales necesarias y de vínculos en red.

Congruentes con la condición gregaria del mamífero neoténico que somos y que impregna tanto “nuestro mundo adulto como sus raíces en la infancia”, parafraseando a Melanie Klein.

Fueron las condiciones de la modernidad avanzada las que dieron lugar a que la interioridad, concebida como compleja, enigmática y extendida democráticamente a todos -tendencialmente, claro está-, se fuera tornando componente natural del paisaje intelectual.

Lo cual se refleja de manera ostensible en el arte y la literatura, específicamente la novelística del siglo XIX.

Sobre esas posibilidades históricas y culturales de representación se abrió camino el inconsciente freudiano, desplazando el eje de la subjetividad hacia el nuevo continente de lo primordial reprimido.

Recordemos que Freud sitúa allí nada menos que al núcleo de nuestro ser, dando lugar al planteo de una cuestión persistente: ¿una nueva centración o inexistencia de centro?

Pregunta que surge de la heterogeneidad de lo reprimido, su irreductibilidad y la fuente de sus producciones, sea el Ello, los objetos internos o versiones del Self.

REALIDAD Y REALIDADES.

Aquello que espontáneamente denominamos realidad y opera como término de referencia y soporte implícito en la vida de todos los días, es en verdad una masa viva de significaciones, donde convergen, luchan y se entrelazan modos diversos de concebir a los otros, el mundo y los valores.

Con sedimentaciones perdurables que sustentan el registro aparentemente ingenuo y veraz del sentido común, para el cual el sol sale y se pone todos los días, según siguen anunciando los periódicos, como si la revolución copernicana no hubiera tenido lugar.

Lo cual muestra la tenacidad de cristalizaciones semánticas, como resultante de inercias culturales y hegemonías ideológicas poderosas.

Lo del sol es sabido que constituye “un modo de decir”, incluso poéticamente perdonable –de hecho también la luna sigue “saliendo”-, pero hay demasiadas afirmaciones precopernicanas que gozan de cómoda consensualidad y abonan el sentido común.

Se trata de capas y capas de significaciones que perduran como cemento inapercibido de la existencia y entrelazan sus valores y vigencias con los preconcientes individuales, generando “lo natural” de estereotipos perceptuales.

Por otra parte, no es la nada lo que subyace a las realidades así construidas, sino lo real del mundo, las cosas y los hombres, sobre lo cual las prácticas sociales, que siempre son transformación de lo existente y asignación de sentidos, erigen representaciones y relatos.

Tal es la materialidad simbólica que constituye el lecho colectivo en el cual nacemos y somos constituidos, en el juego de apropiarse / ser apropiado desde los mediadores primordiales.

Pues todo sistema singular de representaciones se erige en el seno de una trama que lo precede y en la cual repite y crea sus ensueños y certezas, ligándose siempre al discurso de algún conjunto, retomando libremente la expresión de PieraAulagnier.

Ahora bien, periódicamente, un estrato estabilizado de sentidos se desacopla de lo que Castoriadis denominara el “magma conjustistaidentitario”, y comienza su navegación autónoma en el espacio social.

Un ejemplo evidente es todo lo atinente a las cuestiones de sexo y género, que en deriva imprevisible minan con sus interrogantes los sentidos comunes erigidos sobre siglos y siglos de coerciones.

Siendo imposible endicar sus efectos una vez lanzados: es una realidad con la que hay que contar y sobre todo, como analistas, transformando las propias perplejidades, por lo menos, en continencias lúcidas.

Pues naturalmente somos convocados –muchos intelectuales constituyen el ejército de reserva de las convenciones y obviedades trastocadas- a remendar presurosamente el bloque sémico y valorativo en apuros.

Ciertas conmociones –la señalada es una de ellas- tienen efectos de multiplicación, sobre todo si coinciden con crisis globales que arrastran a venerables edificios creenciales (iglesias, bancos, instituciones representativas).

Los psicoanalistas, en cuanto tales, no estamos preparados para tamaños interrogantes, pues no se trata de los al fin de cuentas cómodos “cuestionamientos” de años ha, a los que cada uno se sumaba o no, sino de los efectos de la impotencia de respuestas frente a una crisis sistémica, del incremento de coerciones y del protagonismo de seres humanos que se han echado a andar e interpelan en acto –y en tal gesto se subjetivizan- los reservorios de respuestas del sentido común.

Siguen necesitando cuidados, reparación, espacios de anidamiento y elaboración; siguen produciendo sueños y sueños despiertos, pero en marcos de existencia totalmente diferentes.

Más aún, sin referirnos a las grandes grietas que a todos involucran, mini procesos de disloque consensual están ocurriendo siempre, de modo tal que si pretendemos ser representantes de un “nivel 0” de sentidos nuestra clínica se transformará en un lugar estéril y, más que de asombro instrumentable, de catarsis rencorosas por las inclemencias del mundo.

Es sobre tal conjunción / disyunción de realidades, en plural, que debemos plantear la cuestión de la realidad psíquica y de esa peculiar construcción que es la realidad psicoanalítica.

Es decir, aquélla artesanalmente construida y sostenida por vínculos antiguos y otros nuevos, y donde nuestro oficio puede ejercitarse si se da, como veremos luego, una conjunción propicia de tiempos y lugar.

REALIDAD PSÍQUICA INCONSCIENTE.

La postulación de la realidad psíquica inconsciente implicó un acto de fuerza en el territorio del conocimiento, al afirmar la existencia de una materialidad específica propia de lo reprimido, así como de un método para trabajarlo y conocerlo.

Mientras que otros desarrollos, en el mejor de los casos, se sitúan en una actitud de reconocimiento / desconocimiento respecto de esa instancia y la complejidad de sus efectos.

Es decir, “hablan” del inconsciente, pero morigeran la potencia de sus determinaciones y la consiguiente interpelación a los sujetos y a la cultura que plantea, además de carecer de dispositivos para acceder a la intimidad de sus procesos.

Cuando Freud se refiere al mismo como "lo psíquico verdaderamente real"¹ es para señalar la plenitud de su eficacia, causa del constante proceso de descentración y recentración subjetiva al que estamos sometidos: caballero precario en el propio dominio de sí, según la famosa alegoría.

Por su parte, lo de "acto de fuerza" epistémico no debe sorprendernos, pues cabe recordar que ya Kühn, al ocuparse de los cambios de paradigmas y las revoluciones científicas, tenía muy presente que las disputas referidas al conocimiento no transcurren en lugares celestes alejados de las pasiones, sino en la trama misma de las inercias ideológicas y los juegos de prestigio.

Tal corte epistemológico con el "estado del arte" vigente y los saberes que lo sustentaban requería fundar de otro modo la propia consistencia.

Y es allí donde se hizo necesario definir un topos y una materialidad: el inconsciente y los deseos reprimidos.

Con este par quedó enunciada la célula básica de la ontología psicoanalítica, sustento de un dominio conceptual específico y pertinente.

Es decir, pasible de ser trabajado y pensado con propiedad, al constituirse en basamento de una praxis, de un hacer que conoce, transforma y se transforma mediante un método transmisible.

Sobre estas piedras fundantes se ha podido luego avanzar, en pro del objetivo esencial de transformación pensada de lo dado a partir del sufrimiento personal y el desconocimiento de sus fuentes.

Tal afirmación del inconsciente -reprimido y eficaz- es puesta permanentemente en jaque en el seno de la clínica, por su condición esencialmente resistencial, a lo que contribuye la red de saberes convencionales.

Pues como es sabido, no estamos hechos para tolerar la experiencia desnuda de lo reprimido y la multiplicación expandida de sus efectos; por el contrario, la estructuración psíquica tiene como condición sepultamientos varios.

Es decir, al sujeto se le plantea la tarea de situarse ante el mundo, las cosas y los otros en tanto realidad externa a su propio contorno, pero también frente al "territorio extranjero interior".

A lo que se agrega la dialéctica de asimilación y extrañeza respecto del propio cuerpo, que se da de manera oscilante, no sólo en los hitos determinados por la maduración y la cultura sino en la cotidianidad habitual, al ser un sistema abierto que goza, padece y temporaliza, por su registro sensible de las marcas de la vida.

1 "Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales de nuestros órganos sensoriales." (1900-1901)"La interpretación de los sueños." T.V, pág. 600, A.E. (1979).

Una versión débil de esta construcción puede llevar a entender como objetivo de nuestra clínica el acompasar, en pos de armonía, la interioridad pulsante y fantasmática con los requerimientos de lo externo a su régimen.

Sabemos que en rigor se trata de un imposible e interminable, por lo que toda productividad humana –la del análisis es una de ellas- se sitúa en esa tensión, entre dominios pasajeros y extrañezas frecuentes, concentraciones estables y despersonalizaciones oscilantes.

Todo ello recubierto por los velos consensuales que el preconiente trama, surgidos del arduo amaestramiento de lo pulsional, deseante e ilusorio por “los apremios de la vida”.

El mapa del psiquismo, desde los primeros trazados freudianos, se modificó profundamente, según escuela o autores: comparemos simplemente los dibujos canónicos de la primera y segunda tópica con el esquema planetario de Wisdom², construido sobre la base de los desarrollos kleinianos, que trastocaron la agrimensura de espacios y la formulación de sus contenidos, dividiendo las aguas entre los psicoanalistas.

Más aún, considerando algunos haber llegado al límite de la representación figural, por lo que recurren a notaciones símil matemáticas para dar cuenta de la índole de los procesos (Bion, de manera eminente).

Los dibujos de Winnicott son a su vez muy interesantes, porque si bien tienen un claro sentido de “mera ayuda”, muestran el desplazamiento a espacios relacionales y al detalle de sus características los modos necesarios para pensar procesalmente a las estructuras.

Con todas estas variantes, nítidamente diferenciadas y por lo tanto imposibles de reunificar, la idea de exterioridad interna radical respecto de la conciencia perdurará, constituyendo algo así como un umbral mínimo de acuerdos.

Aunque pudiendo siempre deslizarse hacia aquél antagonismo elemental al que hicimos referencia: “realidad interna” / “realidad externa”, y conducir a una tarea ingenuamente reconciliatoria de buscar “nexos” y armonías entre ambas.

Es decir, una versión desvaída de “la desecación del Zuidersee”, cuando sabemos que la cosa es más compleja, pues en tanto interioridad constituida por diferenciación, la centración es oscilante en virtud del tironeamiento por solicitaciones perentorias provenientes de diversos “amos”³ que requieren servidumbres, no existiendo un nivel “0” de equilibrio.

Se trata de un trámite emocional y cognitivo constante con el mundo, con los otros, con aspectos del propio ser, y a su vez con grados variables de fusión, defusión, impregnación, identificación y conflicto.

2 J. O. Wisdom “Un acercamiento metodológico al problema de la histeria” Revista de psicoanálisis. A.P.A. T.XXIV. N° 3,1967.

3 Los amos interiores se reformularán en concepciones plurales de objetos internos y con lazos diversos, no solamente coercitivos.

Con dominancias variables en ese marcar el mundo y ser marcado por él, y con una permeación expansivo / regresiva oscilante, lo que da lugar a transformaciones continuas, aún en el más contumaz de los caracterópatas estabilizados.

En la línea abierta por “realidad psíquica” se sitúa la concepción kleiniana de "Mundo Interno", heredando su fuerza connotativa y asumiendo lo instintual y deseante, pero transformándolos al situarlos en trama fantasmática.

Es sin duda el de “Mundo Interno” un nombre afortunado, por las resonancias que de inmediato promueve, así como cierta sugerencia estética y también valorativa, que nace de la orla romántica de aquello que alude a la vigencia profunda de "parques naturales", sustraídos a la transparencia e imposibles de transmitir de manera lineal.

Pero además, implicando heterogeneidad, variedad, complejidad, fronteras.

Y facilitando representaciones del mismo en términos escénicos, que sirven como "representaciones intermedias" para recoger de modo transmisible su dramática.

Lo cual hilvana con lo que sabemos de los sueños y de la productividad vigiloniroides, imprescindible para captar el juego de la libre manifestación y la percepción flotante en el contexto psicoanalítico.

Siendo la teoría ampliada de las identificaciones proyectivas clave para entender la complejidad relacional en su constitución y en su régimen de funcionamiento.

TEORÍAS VIVAS.

La fecundidad de las teorías es puesta intensamente a prueba en una clínica transferencial, de campo y proceso analítico.

Conjunto fantasmáticamente poblado y que genera procesos de asimilación de lo verdadero sostenidos en la transferencia de trabajo.

En cuya base subyacen hipótesis de génesis y repetición basadas en la exterioridad de los otros primordiales como fuentes de traumas y / o cuidados.

En enumeración no exhaustiva, pero sí representativa: la teoría ampliada del trauma, desde Ferenczi, la función estructurante en la generación de un sistema Self / objetos de Fairbairn y la de la seducción / implantación de Laplanche, provenientes de herencias y culturas psicoanalíticas diferentes, señalan, no ya la obvia importancia generadora de lo exógeno sino la relativización productiva⁴ de tal noción, en virtud de la admisión generalizada de la relacionalidad constitutiva.

⁴*Relativización productiva* es el nombre de una operación epistémica necesaria para elaborar la densidad y eventual divergencia de sentidos acumulados en una misma forma conceptual, por la diversidad de desarrollos.

Requiere precisar las diferentes connotaciones y líneas interpretativas en su nivel de mayor densidad, cotejarlas *ytomar partido*, evitando el eclecticismo débil y consiguientemente las citas meramente formales.

Lo de Winnicott respecto de lo inconcebible del bebé aislado, es la enunciación sintética y provocativa que define un estado de cosas referido a la complejidad originaria.

Totalización a partir de la cual no puede concebirse el desarrollo como despliegue por pasos programados desde un germen aislado que evoluciona.

La cuestión pasa a ser como se constituye una singularidad a partir de la dependencia absoluta o la fusionalidad, por lo que la categoría de diferenciación ocupará un lugar fundamental.

La teoría de Fairbairn, en tanto post clásica, consistente y original, así como surgida en un entrecruzamiento de orientaciones psicoanalíticas, nos sirve estratégicamente: en ella nos encontramos con hipótesis de génesis que suministran un modo creativo de pensar el estallido de la unicidad mítica originaria.

“A lo Ferenczi”, se le atribuye al objeto malo introyectado el dislocar la compacidad del estado “0” inicial, instalándose como constitutivo del propio ser, pero dando también lugar al establecimiento de vínculos libidinales y anhelos de conexión con las realidades del mundo y de los otros.

Composición compleja, alejada de armonías elementales, que por lo tanto no tiende a inspirar acuerdos como clave del trabajo analítico, sino requiere de la elaboración ardua y necesaria de los materiales, a partir de la profundidad y la fuerza de los lazos que juegan en tal matriz contradictoria.

Debiéndonos hacernos cargo de lo bueno y de lo malo, de residuos o fragmentos importantes, sin jerarquías a priori, que sólo serán cualificados por los efectos de verdad que promuevan.

La “objetividad” de las teorías homónimas es un modo fecundo de plantear la fuerza del reino interior, en tanto apropiación desde los engramas instintuales de especie del complemento objetual / subjetivo externo, necesario tanto para construir alternativas ilusorias frente a la ausencia como para recortar perfiles lo más nítidos posibles de lo malo.

Para sostener la alteridad inconsciente muchos recurren a una suerte de “radicalización” de la pulsión, como si la insistencia en el enunciado freudiano de lo limítrofe y de su sustancialidad híbrida, abordable desde las movilizaciones transferenciales pero inmovible a transformaciones en su raíz por su ser cuerpo, preservaría de su pérdida en desvaríos lenguajeros.

Y además sosteniendo la Metapsicología –en el sentido clásico y post-clásico- como recurso estratégico para afirmar tal irreductibilidad (es el caso ejemplar de André Green) dado que, temen, correría el riesgo de diluirse en un relacionismo de meras interacciones.

Más allá de la cuestión liminar –importante sin duda, pero de otra índole- de la mendacidad de las histéricas, la cuestión fue, en aquel momento, jerarquizar la

consistencia de la realidad interna y autonomizarla de la exogeneidad del trauma, resituando la eficacia de los impulsos y deseos autóctonos.

Cuestión que retorna una y otra vez en la historia del pensamiento psicoanalítico.

En tal sentido la diferenciación se tornó menos clara al partir de concepciones de una trama relacional originaria como condición para su estructuración.

La circulación pulsional pasaría entonces, por su anclaje en el cuerpo, a ocupar el lugar de endogeneidad, pero con una dialéctica inherente, pues las apetencias congénitas consuman su pautado y cierran sus circuitos de "imprinting" en dispositivos por definición relacionales.

Lo cual abarca la refinada formulación de Bion de preconcepciones, lanzadas en búsquedas determinadas por la especie a su saturación por objetos externos en calidad y cantidad, por una parte imprescindibles y por otra admitiendo una variación infinita de modulaciones.

Cuestión que se vincula a la temática winnicottiana de lo verdadero como encarnadura somatopsíquica persistente, que sostiene su existencia como puede, en renuencia a exponerse a cualquier intemperie y protegida por "lo falso".

En esta línea, de pautado de especie, modalidades de trato y generación de significancia y, consiguientemente, de emocionalidad cognitiva como datos de partida, cabe situar las bases de una clínica psicoanalítica de campo y proceso.

La que a su vez nos permite articulaciones plausibles con datos provenientes de otras fuentes, reconstructivas u observacionales.

Teniendo presente que esa masa pulsional, deseante y cognitiva, aunque sometida a represiones y disociaciones, es también cercana e impregna la cotidianidad.

Pues no se tratan solamente, los materiales, de algo remoto y profundamente sepultado, sino de un juego elusivo de superficies con variados recursos de evitación.

La contradicción hambre de verdad / repudio al conocer (se) es dilema –mínimo o trascendente- en la vida de todos los días.

Percibir y registrar lo percibido, y a su vez dejarlo incorporarse y bascular en la trama personal de ideas y sentimientos, supone siempre romper en alguna proporción velos narcisistas.

De allí la doble resistencia a lo nuevo y las contingencias: el miedo genérico a lo inesperado y a las exigencias que pueden sobrevenir.

En nuestra clínica ocurre algo semejante, pero potenciado, en tanto se trata de lo reprimido y de su colisión y "mezcla" con las realidades del mundo.

Es verdad que el contexto del proceso analítico y la regresión aceptada crean una atmósfera, por lo menos, de tamiz de los perceptos cotidianos, sus afanes y exigencias.

Pero, salvo que se dé una instalación masiva y sin elaboración, los mínimos movimientos de verdades y los sacudimientos que producen trastocan tal estado de cosas, y así se da el encuentro, desde "el taller protegido psicoanalítico", con las externalidades de la vida, que plantean solicitudes más o menos perentorias y sólo responsables desde algún grado de incertidumbre, dado el sistema de ensayo y error que constituye lo propio de la existencia.

Lo cual resuena en los desamparos primordiales y en la historia traumática o propicia de cada quién, poniendo a prueba las potencialidades de emocionalidad cognitiva.

Es decir, de establecer representaciones íntegras, pero a la vez abiertas a la necesidad de formar con otros conjuntos continentales de mayor amplitud, generando espirales de pensamiento.

En tales construcciones simbólicas el trabajo del psicoanálisis puede ser muy fecundo, no sólo como continencia elaborativa de los residuos malos del metabolismo relacional, sino al neutralizar los micro "ataques al vincular" (Bion) y a la consistencia misma de las representaciones.

Recursos propios de la posición de integración depresiva, que supone la permeación de aspectos del Self con capacidad reparatoria y tolerancia a la ambigüedad.

Los requerimientos de pericia técnica nacen de todo lo que se juega en este punto: el acompañar exploratorio, la contención de las propias supuestas sabidurías así como la gradualidad para acceder a lo repudiado, recordando las recomendaciones freudianas de ir muy de a poco hacia lo resistido, así como la valoración que hiciera del trabajo sobre la arborescencias fantasmáticas preconscientes y el desentrañamiento como oficio de paciencia necesario.

De todo lo cual se desprende que el trabajo psicoanalítico se da sobre la articulación indisociable realidad psíquica / realidades externas, jugando en el territorio nuevo, creado, de la realidad psicoanalítica, sustentada en la transferencia positiva sublimada devenida transferencia de trabajo.

El "juicio de realidad", como función discriminativa, opera en tal espacio, con valores de verdad que un buen proceso legitima y el enriquecimiento perceptual que supone la activación imaginante.

De allí que cabe explorar cual es la consistencia de esa peculiar realidad y su grado de compatibilidad actual con los parámetros dominantes, que nos lleva a requerimientos éticos, identitarios y de fidelidad a una tradición para preservarla.

PERCEPCIÓN, ILUSIÓN.

Hagamos aquí un rodeo para introducir la problemática de la percepción, en tanto ligada a los procesos que estamos examinando.

Percibir es un acto complejo, que en su nivel basal nos expone a la desmesura –en proporción a nuestras posibilidades de asimilación- de la multiplicidad de seres, cosas y experiencias.

Esta es la condición traumática potencial de toda relación con el mundo, que el psicoanálisis ha teorizado de múltiples maneras.

Y situando la matriz de relación con el otro en un horizonte de pérdida y recuperación ilusoria.

Extremando el modelo podríamos decir que no estamos hechos para la captación desnuda de lo real, y que la condición prematura que nos define requiere la envoltura de saberes de cuidado y protección por los demás, así como de filtros para el dolor, la espera y las carencias.

Los cuales, en su vertiente positiva, de producción, constituyen la ilusión.

El desarrollo de lo que académicamente suele llamarse capacidad perceptual consiste entonces en la aprehensión de lo existente en el mundo, el propio cuerpo y la mente, envuelta en los dispositivos de ilusión adecuados para la sobrevivencia y la propia expansión.

Entendiendo por tal el sostén del psiquesoma en su vitalidad y su desarrollo imaginante.

Lo cual implica transformaciones en los modos de ilusionar y en los dispositivos mismos que la generan.

El envión iluminista del psicoanálisis, sintetizado en la exhortación kantiana del “atrévete a pensar”, rige también en la clínica, y de hecho hemos insistido en los procesos de verdad como necesarios para y a la vez resultantes de la experiencia analítica.

Pero eso no supone una cruzada implacable de esclarecimientos (una de las formas del furor curandis), sino la modulación de lo posible de tolerar para cada uno y de acuerdo a las circunstancias.

Teniendo presente que, en tanto surgida de lo imaginante, detrás de su cara de encubrimiento, subyace en la ilusión la potencialidad anticipativa: pensar en lo que no existe, aún.

De ahí que el juicio de realidad no constituye un saber plano que achata las ambigüedades inherentes a las representaciones que nos hacemos del mundo, sino el reconocimiento de límites en la productividad imaginante y poder sostenerse en consensos estables de representaciones.

Lo cual implica una posición contingente.

El juicio de realidad da cabida a lo imaginante, situándolo en el espacio de lo posible, lo dudoso o lo imposible; se mueve en zonas impregnadas de ideologías, trabajando entre acuerdos y contradicciones.

REALIDAD PSICOANALÍTICA, ILUSIÓN, PSICOANÁLISIS VALOR.

La realidad psicoanalítica es una estabilización de sentidos que nace de la sedimentación de experiencias emocionales y cognitivas del campo transferencial, tornando concreta, actual y expuesta la realidad psíquica del analizando, entendida como el conjunto de fantasías básicas y derivadas.

Tal realidad psicoanalítica suministra las coberturas necesarias de ilusión –la empatía se trama en el delicado eje: idealización - sugestión -compenetración – identificación - distancia-, para que los procesos de verdad que se desencadenan sean viables, es decir, tolerables en función del alivio que generan y la modulación del dolor psíquico que se logra.

Este delicado tránsito de la sinceridad y los procesos de verdad requieren de nuevas calidades de continencia, pero en momentos avanzados del análisis ya se cuenta con lo construido en el proceso como valor en sí, concreción vincular y fruto singular de un método genérico.

Se trata de una entidad nueva, creada, logro sublimado en común de esa singular relación, sedimentado por el trabajo elaborativo, que se incluye y legitima en una tradición de saberes y valores compartidos.

De este modo el proceso mismo deviene algo sustancial a preservar, en tanto lugar original de cuestionamiento radical del propio ser, pero también reparatorio.

Basado en relaciones de objeto emolientes recuperadas y en procesos de continencia elaborativa.

El Psicoanálisis como Valor se sostiene en el crecimiento y tolerancia a las verdades y “...No depende de la convergencia de partes “maduras” preexistentes de analizando y analista –las que no tienen por qué ser descartadas- sino como resultante aleatoria de lo vital, reparatorio y creativo incluido en la heterogeneidad psíquica de los protagonistas del análisis y posibilitado por éste.”⁵

CRONOTOPOS.

De lo dicho se desprende que la base necesaria de nuestra clínica es la creación y sostén del "reino intermedio"⁶ que constituyó una novedad absoluta en lo que hace a recursos para lidiar con el sufrimiento psíquico.

En esta perspectiva pondremos en juego un concepto importado de Bajtin, el de cronotopo, quién lo elaboró en una perspectiva sociohistórica de la literatura.⁷

Del modo que nos resulta útil adoptarlo para nuestro oficio, refiere al plexo de lugares y tiempos disociados y reprimidos que convergen en el tiempo / lugar del análisis, otorgándoles carnadura actual.

Nos ayuda así a precisar lo que nuestro dispositivo crea, como conjunción de temporalidades diferentes en un lugar estable y en ligazón inextricable, generando una actualidad transferencial heterogénea y consistente que constituye la realidad psicoanalítica.

Es una matriz de facilitación de la expansión subjetiva, trasuntada en manifestaciones simbólicas de diferente rango, estructura y complejidad, que

5 En R. Paz: “Cuestiones disputadas en la clínica y la teoría psicoanalítica”. Capítulo 10, Ediciones Biebel / S.A.P., Buenos Aires, 2008.

6 Sigmund Freud, O.C., T. XII, pág. 156 A.E.

7 Ver “Estética de la creación verbal”. Siglo XXI Editores. Méjico/ Buenos Aires. 1982.

relativizan el peso de lo actual, subordinado al orden inercial de realidad, abriendo posibilidades de composición diferentes.

En tal contexto, la transferencia de trabajo es un compuesto de identificaciones proyectivas convergentes que nace de fuentes primarias de apego y necesidad cooperativa, y se sostiene en el eje valorativo apuntado y, operativamente, en la generación de acuerdos cronotópicos entre paciente y analista.

Por ejemplo, aceptando el rango oscilante que van tomando las proporciones diferentes de recuerdos, de reviviscencias, de relatos del presente o de anticipaciones proyectadas.

Así como las diferentes opciones del psicoanalista en la recolección del material y en la “selección de los hechos” (evocando a Bion),

Es aquí donde los estilos se muestran nítidamente: analistas o pacientes evocativos, otros ligados a lo actual y a la eficacia de la tarea, otros al altruismo de analizarse “para los demás” (la mujer, los hijos, los padres...), generando tensiones de adecuación que a veces se toman, apresuradamente, como transferencia negativa.

El “timing” es sin duda un aspecto técnico, pero al cual hay que pensar en el seno del acuerdo cronotópico en curso, y en el sentido fuerte de techné, de un saber instrumental dedicado, que remite a estos acoples y desacoples en los que es difícil deslindar forma y contenido de las intervenciones.

Lo bueno, en términos de proceso analítico, es la variación de cronotopos, puesto que da lugar a cambios cualitativos en la proporción de tiempos, ritmos, tipos de contenidos y exigencias de verosimilitud (es en este punto pensable, por ejemplo, la diferencia entre construcciones e interpretaciones).

Lo cual origina transformaciones en, por así decir, el continente caracterial del análisis.

Lo contrario es la estereotipia a deux, que no excluye dinámicas, pero circunscriptas a circulaciones reiteradas: se trata de liturgias psicoanalíticas, que pueden convocar a lo mejor de ambos para salir del atrapamiento, o a lo peor: actuaciones, activaciones intempestivas, confesiones contratransferenciales, etc., etc.

La cuestión es no perder de vista la preservación de la cronotopía, elástica pero consistente cuando se la ha logrado construir, vida situada en el marco formal del procedimiento y que genera un lugar⁸.

O sea, espacio vitalizado, ambiente transicional, el cual, si bien depende esencialmente de la condición experta del analista, se consolida al aceptar las transformaciones fruto de las transferencias y las influencias recíprocas en los modos de pensar la singularidad del analizando.

8 Todo lo opuesto a un “no-lugar”, en el sentido de Marc Augé.

Y asignando a lo transferencial trófico, nacido de objetos nutricios redivivos y aspectos del Self a ellos ligados, papel esencial en la construcción del dispositivo de verosimilitud / verdad, que define el valor efectivo del cronotopos como posibilitante de experiencias emocionales y cognitivas mutativas.

Pues sólo sobre una creencialidad fundada, que requiere garantías de no descalabro y de reparación posible, pueden ponerse en juego, en la mayor cantidad de dimensiones posibles, lo pulsional y deseante reprimido.

El asunto es sostener tal realidad psicoanalítica en su heurística de verosimilitud / verdad, que incluye en la repetición misma la esperanza de “hacer bien las cosas esta vez” (es la traducción literal de Wiedergutmachung, una de las palabras con las que Melanie Klein implicara, precisamente, los procesos de reparación).

Desde ese lugar es viable interrogarse sobre la “realidad material” con menores distorsiones proyectivas, lo cual nada tiene que ver con un menosprecio de la misma –sería absurdo- sino con un orden lógico de preeminencia en el proceso de indagación.

LO FICCIONAL.

Ficción remite a un trabajo de creación de sentidos que se sabe diferenciado del de la vida en su transcurrir espontáneo, pero crea y recrea su propia consistencia y, específicamente un orden de verosimilitud.

La ficcionalidad requiere, para sostenerse, de un pacto simbólico con otro u otros según contextos y circunstancias.

Y posee ciertas características fundamentales:

1 -el apartamiento de la realidad material;

2 -la generación de lógicas representacionales con sentidos y perdurabilidad consistentes.

3 -el supuesto –en relación dialéctica con el punto 1, de una realidad material que existe y consiste más allá de la construcción ficcional.

El ejemplo más claro de tal pacto es el que se establece entre actores y espectadores en un espectáculo teatral, que supone el sostén de credibilidad durante el tiempo en que la propuesta posea verosimilitud.

O sea, mientras las premisas de tiempo, lugar, sentidos, se mantengan, aunque en formas estéticas “avanzadas” se trabaje sobre los límites.

Siendo la demarcación espacial y temporal aspectos fundamentales del encuadre necesario para que la obra cale hondo.

Es útil pensar el orden psicoanalítico en resonancia con una construcción histórica y conceptual distinta, encarnada además en tradiciones culturales que provienen del fondo de los tiempos.

Pero agregando una toma de posición fundamental: la idea de ficción no subsume ni agota la de la realidad como socialmente construida.

Ni tampoco la esencia de la realidad psicoanalítica.

Pues ésta no es, como a veces se ha dicho, “como sí”, idea que implica la de una inconsistencia ilusoria, que habría que superar por un adecuado acceso a “la realidad”.

El “como sí” connota una transicionalidad en sentido débil: pseudo realidad que la luz del día desvanece.

Pero ocurre que las sombras infernales de la Odisea tienen presencia efectiva, causal, en un orden de materialidad pertinaz y consistente.

Al cual hay, en todo caso, que transformar sin liquidar al niño –el Self productivo e imaginante- junto con el agua –los atrapamientos parasitarios por sometimientos imagoicos.

De ahí que la analogía del psicoanálisis con procedimientos ficcionales tiene cierta validez, pero la pretensión de exponer sus raíces y superar las resistencias rompe el pacto que éstos suponen.

Es una consabida discusión, en el menester teatral, el grado de incidencia del mismo en la vida de los espectadores, usualmente respondida con prudencia –“nadie pretende cambiar la vida de nadie a partir de una puesta en escena”- u otras modestias por el estilo.

Nosotros, por el contrario, sí; de ahí la importancia de marcar diferencias.

Cuestión ambiciosa, que se demuestra por oposición en las prevenciones freudianas respecto del furor curandis, y que, salvo megalomanía secreta, no tiene cabida en otros pactos ficcionales.

Lo ficcional / teatral se liga a la venerable tradición aristotélica que codificara la catarsis la cual, como sabemos, es parte fundamental de la historia de constitución del método psicoanalítico y, agreguemos, componente esencial del actual, incluida y transformada.

Pero, más allá de las semejanzas, el vencimiento de las resistencias marca nuestra especificidad.

Y a partir de lo cual se esperan transformaciones en el sufrimiento y los modos de ser, con la activación transferencial de pulsiones y deseos desplegados en relaciones objeto / sujeto, lo cual requiere que sea atravesada por las realidades de los otros y del mundo.

Sin tal atravesamiento el espacio analítico se desvirtúa como narcisismo "a deus", ámbito de resistencia tentador frente a las dificultades de la vida, pero que se lleva consigo, con la coartada de sostener una vincularidad especial, la experiencia misma del inconsciente.

Esta, en efecto, supone encarar todas las rocas duras, tenaces, insistentes, a menudo opacas a la apropiación simbólica, que requieren de un trabajo sostenido para ser transformadas.

Si tal espacio transferencial no puede sostener su consistencia y por lo tanto su autonomía relativa, decae en operaciones restringidas de esclarecimiento, en la medida que no se engendran aquí y ahora de repetición que posibiliten in praesentia el trabajo elaborativo de la diferencia.

Agreguemos que el cronotopo psicoanalítico clásico está basado en una temporalidad de evolución y progreso, en oposición y lucha con la compulsión de repetición.

Pero el trabajo en el campo concebido como transferencial, poblado de representaciones y cargas emocionales propias de la heterogeneidad de versiones del Self y relaciones de objeto, llevó a la construcción de cronotopos de lo que emerge y se expande.

Que no es exclusivamente lo infantil, y tampoco es recogible en un relato secuencial.

El camino es entonces dar plena cabida a los fragmentos no agrupables en alguna superior coherencia merced a la contención, que opera como posibilitante de una semiosis alternativa.

Desde esta perspectiva el cronotopo psicoanalítico deviene matriz relacional que tiende a producir expansiones subjetivas a partir de una heurística del inconsciente.

Por lo cual, con todas las variaciones y heterogeneidades posibles, aquellas corrientes que promueven el trabajo en el campo y admiten en todos sus efectos la regresión / expansión, son inconmensurables con los parámetros normatizados por el relato secuencial y ascensional (de lo inferior a lo superior, de lo primitivo a lo evolucionado, de lo infantil a lo adulto).

Esta conjunción de paradigmas no es, de cualquier modo, desdeñable, y no sólo admitiéndola con secreta superioridad, pues ocurre que es sencillamente imposible desprenderse, salvo maníaca o histéricamente, de valores que nos informan, y que además nos dicen cosas valiosas.

Lo imprescindible es desencajarla de la succión por dispositivos de coerción que aplanan, dado que lo actual dominante no es precisamente la valoración de un pensar emocional y de una emocionalidad cognitiva abiertos.

Para concluir:

La ficción nunca se desentiende ni de lo real ni de otras construcciones de realidad, así como de los procesos de verdad, pues de hecho constituyen una referencia implícita, aunque sea para ignorarlos, librarse de ellos o incluso violentarlos.

El antiguo aserto freudiano, congruente con el sentido común, del fantaseo como defensa frente a las penurias de la vida, conserva su valor, pero complejizado, en la medida que toda la cultura puede concebirse como construcción alternativa a la opacidad y dureza de lo dado.

Es oportuno aquí, finalizando, y en esta zona limítrofe entre dispositivos ficcionales y de procesamiento de verosimilitud / verdad, traer a colación una cita de Tarkovski, plena de resonancias para nosotros, psicoanalistas.

"Uno no debería esforzarse por plantearle al espectador una idea; [...] Es mejor mostrarle la vida y él ya sabrá qué hacer con ella".

Y luego, para apropiárnosla: *"En el cine hay una sola cosa importante: la verdad de unos estados momentáneos".*

RESUMEN:

Partimos de la premisa de la existencia de realidades e históricamente construidas.

Aquello que espontáneamente denominamos realidad es en verdad una masa viva de significaciones, donde convergen modos diversos de concebir a los otros, el mundo y los valores.

Y en el ámbito de nuestra incumbencia: el inconsciente (lo psíquico "verdaderamente real") y la realidad psicoanalítica.

Una versión débil puede llevar a entender como objetivo de nuestra clínica el acompañar la interioridad pulsante y fantasmática con los requerimientos de lo externo a su régimen.

Se postula una clínica transferencial, de campo y proceso analítico a partir de la se constituye la realidad psicoanalítica.

Se introduce el concepto de Bajtin de cronotopo, como ligazón de lugares y tiempos disociados y reprimidos que convergen en el tiempo / lugar del análisis, otorgándoles carnadura actual.

La idea de ficción es puesta en cuestión, para dar cuenta de lo que juega en nuestro dominio.

PALABRAS CLAVE:

Realidad material. Realidad psíquica inconsciente. Realidad psicoanalítica. Mundo interno. Ilusión. Cronotopos. Psicoanálisis Valor. Ficción.